

ses (Delumeau: 19). La formulación del primer paraíso fue así:

«Plantó luego Yahvé Dios un jardín en Edén, al oriente, y allí puso al hombre a quien hiciera. Hizo Yahvé Dios brotar en él de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar, y en medio del jardín el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Salía de Edén un río que regaba el jardín... Tomó pues Yahvé Dios al hombre y le puso en el jardín de Edén para que lo cultivase y lo guardase» (Génesis 2: 8-15, en Delemeau: 19-20).

Y ésta es la versión del último «paraíso» hacia el que supuestamente habremos de llegar algún día para morir extasiados de felicidad:

«Europa perseguirá el objetivo estratégico de convertirse en la economía basada en el conocimiento más competitiva y dinámica del mundo, capaz de crecer económicamente de manera sostenible con más y mejores empleos, con mayor cohesión social y dentro del respeto al medio ambiente» (EEE: 71).

Resulta evidente que no tiene sentido y, además, es estéril y quizá no muy pertinente ni afortunado ni metodológicamente correcto establecer comparaciones históricas. Sin embargo, resulta imposible evitar la sensación de que algo se ha perdido por el camino de los paraísos imaginados, sin que uno sea capaz de determinar ese algo y sin que, ni siquiera, pueda asegurar que realmente se haya perdido. El futuro, dice de una manera un tanto críptica Ed-

mond Jabes, «podría no ser más que la ignorancia de un pasado por descubrir. Esta ignorancia es el verdadero saber que, entre las estrellas, surca en la noche sus caminos reales. Queda por alcanzar esa noche».

El difícil futuro de la UE o de cualquier comunidad política quizá sea una cuestión de imaginación política, es decir, de inventar «nuevos paraísos» acaso distintos al del «jardín de la competencia global». Si fuera así, el enfoque de la gubernamentalidad, aquí presentado a través de algunos estudios concretos, constituiría una herramienta muy valiosa para seguir analizando y cuestionando la influencia de los futuros soñados sobre la configuración de la realidad social y, sobre todo, para evitar que éstos se conviertan en pesadillas.

Carlos DE CASTRO

## Francisco Vázquez García

### Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía

(San Sebastián, Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa, 2005)

La autoestima es hoy la consigna y, como tal, el requisito indispensable para ser feliz. Sin embargo, la felicidad deviene en horizonte difuminado e irreal y, así, el individuo se afana por cumplir antes tal requisito —quererse, explicarse, com-

prenderse— convirtiéndolo en la meta que alcanzar o, acaso, en el único bien que se persigue por sí mismo. Poco importa qué sea en rigor la autoestima: lo mismo da para un roto que para un descosido, todo lo abarca y a ella se recurre de continuo para dar con la causa última del comportamiento, los motivos, el carácter o la coyuntura personal. He aquí el *Yo* actual; atribulado, desconcertado, iluminado de tanto en tanto y sin renunciar nunca a ocuparse de sí.

De todo ello nos habla Francisco Vázquez, aunque no para ofrecer un nuevo diagnóstico en torno a la cuestión de la identidad individual. Más bien se trata de ver qué han hecho otros; de examinar qué conceptos se han empleado en el estudio del individualismo contemporáneo para, a partir de aquí, proceder a una evaluación crítica y comparada de dichos conceptos. Para ello se recurre a la aportación de diversos autores que vienen a representar cuatro posibles enfoques a la hora de abordar la cuestión: la crítica cultural del narcisismo (R. Sennett, C. Lasch y G. Lipovetsky), la perspectiva filosófica (C. Taylor y P. Ricoeur), la sociológica (A. Giddens, U. Beck y P. Bourdieu) y la óptica genealógica (M. Foucault, N. Rose y M. Dean). Así pues, el cometido del libro pasa por la revisión de cuantas herramientas conceptuales se deriven de estas aportaciones y que a la vez se presuman útiles para el análisis del individuo en su especificidad.

Es éste un texto surgido de la necesidad de amparar teóricamente una serie de investigaciones concretas realizadas por el propio autor en torno a la formación del sujeto en las esferas sexual, laboral y familiar. A raíz de ello, contamos con un útil y didáctico trabajo reco-

mendable para el sociólogo interesado en lo que atañe al *Yo* y que a la vez desee integrar visiones teóricas de procedencia diversa más o menos alejadas de la propia sociología. Siendo así y una vez expuesto el planteamiento general de la obra, se hace necesario entrar en su contenido con un mínimo de detalle.

Ésta se inicia con un conjunto de precisiones terminológicas que, a la par, también constituyen un aviso al lector sobre el carácter pluridimensional y, por qué no, esquivo del objeto que va a tratarse. *Individualismo*, *hedonismo* y *narcisismo* son términos que para referirse al *Yo* contemporáneo plantean, fundamentalmente, dos tipos de problemas. Por un lado, acusan una carencia de concreción fruto de su uso masivo con significados diversos y hasta contradictorios y, por otro, portan una considerable carga connotativa. Por ello, F. Vázquez prefiere hablar de *subjetividad expresiva* —empleando aquí de forma expresa la denominación acuñada por C. Taylor— como término sobre el que no pesan con tanta claridad aquellos lastres. Esta subjetividad expresiva se caracterizaría por: a) la imposibilidad de recurrir a pautas de acción y pensamiento predeterminadas que permitan lidiar con la inseguridad e incertidumbre del mundo; b) la libertad entendida como fórmula que combina cultivo de la interioridad, autenticidad sentimental, espontaneidad emocional, expresión continua de la personalidad y proyección de ésta hacia el exterior; y c) el recurso imprescindible al saber experto desplegado a través de una ingente sucesión de terapeutas, psicólogos, mediadores, consejeros y asesores de toda clase. No deja de ser, pues, una manera de zafarse de los problemas a los que anteriormente se aludía, que no son, des-

de luego, menores: la indefinición y la connotación no casan bien con cualquier intento de análisis crítico de conceptos como el que pretende el autor.

Fijadas las posiciones en la utilización de los términos, se accede a la evaluación del primero de los enfoques, aquel que se centra en la crítica cultural del narcisismo. Tras las pasiones políticas que agitan los años sesenta, desde la segunda mitad de los setenta se produce un repliegue sobre lo privado gestándose un individualismo inédito; un individualismo centrado en la autorrealización. Fijando la mirada en la cultura urbana, Sennet, Lasch y Lipovetsky darán cuenta del nuevo individuo narcisista advirtiendo sus síntomas: el alejamiento en relación a las cuestiones públicas, la psicologización de las relaciones sociales, el descrédito de la autoridad, el declinar de la jerarquía, el agotamiento de la disciplina y el encumbramiento de la psicoterapia. En la explicación de los síntomas es donde aparecen las diferencias entre los tres autores, perfectamente destacadas por F. Vázquez, quien termina advirtiendo sus principales deficiencias. En muchas ocasiones, la crítica del individualismo como cultura o bien aparece empañada de cierto catastrofismo o bien escora hacia un sospechoso voluntarismo con sus llamadas a la recuperación de valores como la responsabilidad, la solidaridad o algún tipo, más bien desdibujado, de comunidad. En todo caso, los escritos de Sennett, Lasch y Lipovetsky son moneda de uso corriente en el análisis sociológico de la identidad y quizá sea ése el motivo que justifique la brevedad del capítulo que se les dedica.

A continuación siguen dos contribuciones de peso: C. Taylor y P. Ricoeur, no tanto porque

ambos hayan abordado específicamente la cuestión de la *subjetividad expresiva* como por lo que pueda inferirse de sus planteamientos. Taylor, a vueltas con el malestar ético contemporáneo —relacionado a su vez con la desaparición de marcos tradicionales de referencia—, rastrea las fuentes del actual Yo. Éste se construye como un híbrido del yo de la razón desvinculada, ligado al cálculo estratégico y a la lógica científica; el yo expresivo, con su habitual énfasis en la irreductible singularidad de cada cual, y el yo epifánico, como liberación de fuerzas inconscientes. No obstante, la reconstrucción de esa *subjetividad expresiva* que tomase como referencia a Taylor se enfrentaría al problema de saber si son éstos los tres únicos yoes aptos para tal reconstrucción. Otras voces han advertido que Taylor ignora en su rastreo aquel yo asimilado al individuo como actor que representa papeles variados en función de guiones y escenarios. Lo cierto es que la tradición del *Theatrum Mundi* es, en alguna medida, configuradora del yo actual, atento al desvelo de la interioridad y a su recubrimiento y protección allá donde la sociabilidad se torna tensa y conflictiva. El yo es también un actor cuando el otro es fuente de inquietud; el yo es también una suerte de artificio: del mismo modo que son imprescindibles la espontaneidad y la autenticidad, también lo son el disimulo y la discreción cuando sobre la base de las emociones el individuo teme ser dañado. En este punto, no carecería de interés indagar aquello que de máscara posee esta *subjetividad expresiva*, aunque es obvio que desde las posiciones de Taylor no puede emprenderse semejante indagación. Tras éste aparece P. Ricoeur, cuya aproximación a la dialéctica entre el *idem* y el *ipse* proporciona la posibilidad de efectuar una crítica

normativa al individuo «expresivo». Tal individuo, atrapado en esa reformulación perpetua de la identidad, acaba por concebirse a sí mismo como una mera sucesión de atributos. Mas, según Ricoeur, el «sí mismo» no lo conforman esos atributos, sino la acción; el reconocimiento de que cuanto se hace es siempre imputable a ese *ipse* que se hace cargo de su actuación: es, como vívidamente señala F. Vázquez, el «heme aquí» como respuesta frente a la interpelación del otro.

Ni Taylor ni Ricoeur son sociólogos. De ahí que sea necesario seguir avanzando para conocer cuáles son las condiciones sociohistóricas que enmarcan el modelo de la *subjetividad expresiva*. Aquí las respuestas quedan en manos de A. Giddens y U. Beck, mientras que P. Bourdieu es empleado por el autor de forma secundaria, si se quiere, a efectos de puntualización, tal como se verá más adelante. Tanto Giddens como Beck cuentan en su haber con sendas teorizaciones generales acerca de la sociedad actual, ya sea bajo la nomenclatura de la *modernidad tardía*, ya sea bajo la etiqueta del *riesgo*. Ambos tratan expresamente y en textos concretos la cuestión de la identidad en relación con sus propias teorías. En este punto, el análisis que realiza F. Vázquez resulta notablemente pedagógico. Giddens, enfatizando el carácter ambivalente de la modernidad, nos presenta un individuo que ha ganado en libertad y autonomía y que, inserto en un contexto de reflexividad crítica institucionalizada, se afana en la construcción de su biografía. Lejos queda aquí la pura contemplación egocéntrica contra la que cargaban Sennett, Lasch y, en menor medida, Lipovetsky. El sociólogo inglés se muestra confiado en las posibilidades que abre

la modernidad en el terreno de la identidad individual. Beck, por su parte, tampoco verá en la sociedad contemporánea un páramo de sentido. Antes bien, la inestabilidad y el cambio como elementos propios de la dinámica social permiten que sea desplegado un abanico de opciones en términos identitarios. De esta guisa, la combinación fragmentaria de esas opciones marcaría una multiplicidad de rumbos posibles para el individuo: los recursos que brinda la modernidad permitirían a éste apropiarse de su vida. No obstante, Beck se muestra menos condescendiente que Giddens cuando señala que parte de aquellos recursos —las infinitas variantes de la psicoterapia, por ejemplo— velan el origen social de las crisis de identidad, desactivan la acción política y torpedean la emergencia de nuevas solidaridades colectivas. En este instante, F. Vázquez introduce a Bourdieu a modo de apostilla correctora. A partir de Giddens y Beck cabría preguntarse si esos recursos que ofrece la modernidad para la configuración de la identidad son universalmente accesibles. De mano del sociólogo francés, la respuesta nunca podría ser un «sí» o un «no» rotundos. Éste mostró que las aspiraciones «individualizadoras» resultaban variables con arreglo a factores de clase. La *subjetividad expresiva* está ligada a transformaciones sociales concretas y, lo que más interesa en este punto, a la nueva pequeña burguesía, entre cuyo *habitus* figuran el hedonismo, la desconfianza ante las jerarquías, la favorable predisposición a la expresividad emocional o la inclinación al consumo de productos relacionados con la salud mental y corporal. La inclusión de Bourdieu resulta pertinente para atenuar la euforia o el pesimismo del diagnóstico acerca de la identidad introduciendo el factor *clase*.

Una vez han desfilado los sociólogos, es el turno de la óptica genealógica, inspirada en aportaciones tardías de M. Foucault sobre los conceptos de *gobierno* y *gubernamentalidad*. Este par de nociones se han convertido en eje central de análisis para un conjunto de investigadores, no institucionalizados académicamente, a los que se conoce de forma generalista como *anglofoucaultianos*. He aquí la más valiosa aportación del autor: presentar de forma sistemática y amplia las líneas maestras que articulan el estudio del *gobierno* y la *gubernamentalidad* tal y como viene siendo realizado por los herederos intelectuales de Foucault. Dicha presentación cobra más relevancia si se tiene en cuenta que en España los *anglofoucaultianos* son relativamente desconocidos. Aquí, el gobierno no es dominación, sino conducción de conductas que debe contar necesariamente con la energía y libertad del gobernado, y la gubernamentalidad se identifica con la manera de entender el gobierno, quién tiene que gobernar, quién debe ser gobernado; la racionalidad política, al fin y al cabo. A partir de ello, los frentes que se abren son diversos, pero interesa ante todo lo tocante al individuo, ese *homo prudens* que acude al mercado para hacerse con aquello que garantiza su seguridad física y psíquica y que, al igual que contrata servicios de vigilancia privada, lee libros de autoayuda. En definitiva, mucho por explorar si se opta por la óptica genealógica de raigambre foucaultiana.

Llegados a este punto, las herramientas conceptuales prometidas están encima de la mesa. Pese a todo, «no parece haber llegado la hora de elaborar una teoría del yo expresivo en el momento presente, pero al menos se ha acotado el campo de batalla del que tal vez

pueda brotar esa teoría» (p. 235). A la espera de esa teoría, entretanto ha de librarse otra «batalla», aquella que enfrenta a unas ciencias sociales críticas frente a una cultura terapéutica que, conformadora en gran medida de esa *subjetividad expresiva*, no reconoce más lenguaje que el psicológico en su formulación de la identidad. El riesgo del acriticismo es que acabe por fiarse todo a la autoestima y que, tras ella, se acuda a cualquier tipo de saber que, convenientemente desvirtuado y trivializado, se presente a disposición del individuo en el mercado. No es de extrañar que ya exista autoayuda filosófica —*Más Platón y menos Prozac*, de Lou Marinoof, es el arquetipo— al cabo, la última tecnología del yo que se ha revelado exitosa. Y si la filosofía ya ha sido alcanzada, ¿por qué no habría de sucederle algo similar a la sociología?

Fernando AMPUDIA DE HARO

## Fernando Giobellina Brumana

### Soñando con los dogon. En los orígenes de la etnografía francesa

(Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005)

No es raro que la historia de la antropología caricaturice a sus ancestros encadenando la fortuna de obras de valía a la inteligencia diver-